

I CONCURSO DE MICRORRELATOS SOBRE VIOLENCIA DE GÉNERO.

Primer premio:

100€

Título: Huellas

Marina del Carmen Cañizares Funes

Teléfono:

676270771

Madrid.

Huellas. Huellas que cambian. Y huellas que nos cambian.

Las primeras huellas que me dejaron, fueron las de los dedos de mis padres al agarrarme por primera vez. Las del primer beso que me dio mi hermano. Las huellas de mi primer chupete; las de mis encías de diente caduca. Luego llegaron las huellas que me dejó el olor de la plastilina, las témperas en mi babi, las barras de pegamento en mis dedos. Las huellas de un primer beso, y las de todos los que vinieron después. La huella que queda cuando sentí las primeras mariposas. Y la huella al darme cuenta de que la persona que describió el amor como mariposas, nunca había estado enamorado. Las huellas de esos sentimientos, primitivos, viejos como el tiempo, que todos acabamos sintiendo antes o después.

Cuando crecí, las huellas cambiaron. Cambiaron las emociones que me impactaban. Me quedo entonces con la huella de un concierto, con las experiencias salvajes. Con las que apenas recuerdo pero que todos me recuerdan. Con la huella de experiencias sexuales en compañía, o solitarias. Me quedo con la huella de aquella botella de ginebra que tomé con una amiga, y con la entrada de cine de esa película que fui a ver con el chico que me gustaba.

Y entonces, las huellas volvieron a cambiar.

Y ya solo me importaban las tuyas.

La huella de tus ojos, tan claros que parecían de neón a la luz de cualquier flexo. La huella de tus labios, ansiosos. La huella de tus historias, y de tu seat oxidado, en el que devoramos España. Cada beso, cada mordisco, cada mirada celosa, me marcaba. La huella de aquel paseo en el que Madrid se nos quedó pequeño. La *huella* de tu mirada, cómo maldecías a cualquiera que se atreviera a mirar mis piernas. La *huella profunda* de tus dedos, cuando yo devolvía sonrisas a esos desconocidos. La *huella dolorosa* cuando volvíamos a casa y me gritabas. La herida siempre que me insultabas. La *herida* abierta cuando yo no era suficiente para ti, o tú creías que yo pensaba que no bastabas para mí. La *sangre caliente* cuando me golpeabas porque yo te decepcionaba. La *sangre congelada* cuando me lamía las heridas, preparándome para la siguiente embestida. Para el siguiente error.

Y ahora, ya, solo eres cicatrices para mí. Un puñado de cicatrices esparcidas, no solo en mi piel, sino mucho más hondo. Pero ya son solo cicatrices, no huellas. Cicatrices que otros besan, y que yo misma curo, cubriéndolas con nuevas huellas. Huellas sencillas. La huella de un café en cualquier bar. La huella de una canción de Muse. La huella de nuevas témperas, con las que he vuelto a crear.

Mis huellas.

No las tuyas.

Nunca más.

Segundo premio:
50€

Título: Sólo bastan dos palabras

Alberto Guerrero Rubio.
Teléfono: 636186726
Cartagena.

A un lado de la puerta, el hombre; al otro, el hambre. Decenas de escalones enfilados hacia un pasillo frío y oscuro donde espera la bestia. Al pasar por las calles – las que fueron mis calles- leo lo siguiente: “La huida es siempre una desgracia ajena que en la casa de otro acontece”. Yo, autoengañándome, contengo la respiración y me sujeto con firmeza a la barandilla de la casa ¡La que fue mi casa! Esa barandilla que conoce de memoria el tacto de mi mano, pues me agarro cada día a ella con tanta fuerza que se ha convertido en mi único apoyo.

Intento no pensar y, como un autómatas camino sin mirar atrás. Siento clavados en mi nuca ojos que me miran por la mirilla sin parpadear pero no oigo nada; quizá, de ver en cuando, algún cuchicheo de fondo que pronuncia mi nombre. Cuando llego a la última planta, temblando saco la llave, pero se me cae al suelo. Cuando voy a agacharme para recogerla ¡ahí está él sonriendo!, y me dice: “pasa cariño”...Él también sabe que me miran y finge como cuando lo conocí. Sin embargo, yo, esta vez, decido no pasar. Busco las palabras en el fondo de mi alma, pero sólo puedo pronunciar dos: Hoy no.

¿Qué habría pasado si tú, Eurídice, no hubieras estado detrás de él? Sencillamente, que la mitología habría cambiado. No tienes que continuar hacia delante, la música de Orfeo no está tras esa puerta. Pasé de paso por la vida, pasé de paso por la que fue mi calle, y me autoconvencí a mí misma: que aquella casa, pese a estar ocupada por otro cuerpo, seguía siendo mi casa en mis recuerdos.